

JOAN OLEZA
DOCTOR HONORIS CAUSA
UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA
17 de noviembre de 2017



Clase Magistral

**La generación de la Transición y las confrontaciones
de la memoria histórica en España¹**

Memoria histórica y convicción personal

En unas páginas insólitas de *La caída de Madrid*, de Rafael Chirbes, Doña Amelia, una dama septuagenaria, permanece en la cama a media mañana, retenida allí por sus cuidadores, y ella,

¹ Clase Magistral pronunciada por el profesor emérito de la Universitat de València en ocasión de su investidura como Doctor Honoris Causa por la Universidad Nacional de La Plata, el 22 de noviembre de 2017. El texto, sin acotaciones ni citas bibliográficas, trata de evocar las circunstancias de la lectura oral ante las autoridades y el público que presenciaron el señalado acto académico. Para la versión definitiva, anotada y revisada, ver: Joan Oleza (2020). “La generación de la Transición y las confrontaciones de la memoria histórica en España”. En Mariela Sánchez (Ed.). *Lecturas transatlánticas desde el siglo XXI: Nuevas perspectivas de diálogos en la literatura y la cultura españolas contemporáneas*. Al cuidado de Raquel Macciuci. La Plata: Libros de la FaHCE, pp. 39-85. <https://www.libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros>

con los ojos cerrados, oía voces. Sí, voces. Su madre la estaba llamando desde lejos. Era un pasillo largo y oscuro, y al fondo sonaba la voz de su madre, que le decía ven, y también, qué haces, Amelia, qué estás haciendo ahí, sola (...) y ella se esforzaba para incorporarse en la cama, y no podía, no podía levantarse; levantaba la cabeza un poco, y ya está, ya no podía hacer más, la dejaba caer otra vez sobre la almohada, y entonces sentía rabia, mucha rabia, y, luego, ganas de llorar, madre, no puedo ir, madre, tengo que quedarme aquí... (2000, p. 75)

Es un monólogo indirecto y, a medias, directo, extraordinario, se requiere mucha osadía para introducirse dentro de la conciencia en disolución de una enferma de Alzheimer, y probablemente ninguna otra enfermedad es tan amenazadoramente emblemática de nuestra época como esta en la que la propia identidad se destruye a la par que su memoria.

Las palabras que siguen serán formuladas desde la convicción de que la amnesia de los pueblos es tan amenazadora para el presente como la de las conciencias individuales, de que, como reza un antiguo adagio que nadie sabe demasiado bien de dónde procede, “los pueblos que olvidan su historia están obligados a repetirla”, o de que el rescate para la memoria histórica de una guerra que empezó hace ahora más de ochenta años, no es un ejercicio de melancólica huida al pasado, en busca de una épica que ya no se encuentra en el presente, sino la respuesta activa a la necesidad de luchar por conjurar en el presente las tentaciones antidemocráticas del pasado, tan perentoria ahora mismo, en este noviembre español y catalán atravesado de conflictos. Como escribieron los redactores argentinos del *Informe Nunca Más*, en sus *Recomendaciones* finales, se trata de “prevenir, reparar y finalmente evitar la repetición de conculcaciones a los derechos humanos” como las que se produjeron en la guerra del Vietnam, en el apartheid sudafricano, en Camboya, en la Rusia estalinista, en la China de la Revolución Cultural, en las brutales dictaduras de Argentina, Uruguay, Paraguay, Guatemala o Chile, en Bosnia, en Ruanda, en Darfur, en la Palestina ocupada, en las cárceles y en los muros de los cementerios españoles de los años 40, en toda la funesta cohorte de calamidades que secundaron a la mayor de todas, la que dio al siglo XX su rostro más siniestro, la del Holocausto.

Haber sido borrado de la memoria colectiva

Cuando Max Aub, en 1969, volvió por primera vez a España después de treinta años de exilio, encontró un país en el que se había borrado la memoria de la tragedia que lo dividió en dos, que frustró los años más prometedores de una modernización acelerada, que destruyó el proyecto de vida de toda una generación y que lo lanzó a él, como a otras decenas de miles de supervivientes a un exilio inacabable, en el que ir tejiendo año a año lo que María Teresa León llamó la memoria de la melancolía. Ahora, al pasear por las calles de Valencia, de Madrid, o de Barcelona, comprobaba:

[E]sta España nueva, híbrida, que les ha salido a los tecnócratas, banqueros y obispos conciliadores y con la que, a primera vista, parecen no saber qué hacer, desbordados por el afán de diversión, de buen vivir, el destinte del turismo, de los bikinis, del francés, del inglés, del alemán, de las minifaldas, de los bares (...) y que sin embargo sigue, como siempre, en el puño del ejército. [Max Aub exclama, entonces:] No llevo una semana aquí, es verdad, pero no reconozco nada. (1971, pp. 141-142)

Es una España cuyo bienestar parece inextricablemente asociado a su ignorancia del pasado, y a lo que es peor, a su indiferencia hacia ese pasado. “Ninguno me preguntó nunca nada acerca de la guerra civil” (p. 106). “Me dejaron pasar (cuando tantas ocasiones hubo para hablar) sin enterarse –en lo, poco, que yo hubiera podido ayudarles a salir de su inopia (...) Lo pasado, pasado” (p. 107). Un sobrino suyo, que se enfrenta a sus quejas, y le ofrece a cambio su visión de cómo son las cosas en la España de 1969, lo confronta con un diagnóstico cruel: “Ya no eres parte”, le dice, “ya no eres parte de este país” (p. 161). Y cuando en su visita a la Universidad de Valencia para reconocer y reclamar los libros que fueron expoliados de su biblioteca en el ‘39 y que acabaron en la de la Universidad, le pregunta un bedel a quién debe anunciar, Max Aub se dice a sí mismo: “No sé qué decir. No sé cómo presentarme. No sé quién soy ni quién fui.” (p. 156). Y el despecho aflorará en su despedida de un país que ya no puede sentir como suyo: “Allá ellos –escribe–, suyos el olvido y el reino de la mentira” (pp. 105-106). Y ese despecho será el que le haga declarar en una entrevista aquella célebre frase: “he venido pero no he vuelto.”

Las cuentas pendientes de España con su pasado

Desde 1969 han pasado muchas cosas, pero la España democrática sigue teniendo cuentas pendientes, no saldadas, con su pasado más traumático. De hecho, como escribía Julio Aróstegui en 2006, la guerra civil

(...) nunca dio lugar a un debate generalizado en la sociedad española semejante y paralelo al que se produjo en los países europeos que alimentaron el fascismo y fueron derrotados en 1945. [De manera] que aún hoy está pendiente en la sociedad española, en medio de sus confrontaciones ideológicas, un decisivo y gran debate sobre la guerra civil. (Aróstegui, 2006, p. 72)

Se podría decir, incluso, que se ha puentado, como dándolo por superado, sin haberlo apenas expuesto. En junio de 1987 se celebraba en Valencia el *Congreso Internacional de Intelectuales y Artistas*, organizado por una Generalitat en manos del Partido Socialista que quería ser un homenaje al *II Congreso de Intelectuales en defensa de la cultura*, celebrado en julio de 1937 en Valencia, por aquellos días capital de la República, en plena guerra civil. Allí, cincuenta años más tarde de una sublevación militar que acabó por causar más de medio millón de muertos a lo largo de tres años de guerra, y una legión de víctimas en las cárceles y en las tapias de los cementerios en los quince años largos que siguieron, yo escuché al gran escritor mejicano, Octavio Paz, presidente de honor de aquel Congreso de 1987, proclamar solemnemente en su discurso inaugural que ese Congreso venía a demostrar que quienes habían vencido finalmente la guerra civil habían sido la democracia y la monarquía constitucional, heridas de muerte en el '37 y triunfalmente resurrectas en el '87. El brillante escritor mejicano borraba así de un plumazo los años transcurridos entre la sublevación militar y el triunfo socialista en una España democrática, con todo su irredimible sufrimiento. La guerra, y los cuarenta años de dictadura que le siguieron, venían a contemplarse así como un incidente en la evolución secular de la sociedad española hacia la modernización y la democracia. Octavio Paz no hacía sino expresar, una vez más, esa convicción según la cual el futuro es la verdadera dimensión de la Modernidad, período este en el que el proyecto de futuro

gobierna y debe gobernar la gestión del presente y la percepción del pasado, idea que el propio Paz repitió en más de una ocasión en sus ensayos.

Y sin embargo, todavía en 2017, ochenta y pico años después del comienzo de la guerra civil, la sociedad española no ha podido convertir en memoria histórica asimilada los efectos de ese trauma, porque aunque la investigación histórica y las narrativas literarias, teatrales o fílmicas han dado cuenta de mucho de lo sucedido, las políticas de la memoria aplicadas han dejado de cumplir, entera o parcialmente, las medidas de justicia transicional exigibles en una situación democrática postraumática:

El sistema judicial y los poderes públicos locales han recogido de forma muy insuficiente las denuncias de familiares y asociaciones, con su demanda de exhumaciones y de reparación, cuando menos simbólica, de los represaliados en la guerra civil y el franquismo.

La Ley de Amnistía de 1977 puso a salvo a los responsables de los crímenes de guerra y del franquismo (Art. 2e y 2f), y no ha sido posible reabrir para ellos la vía penal en los últimos 40 años, de manera que los perpetradores no fueron llevados ante los tribunales y los pocos supervivientes continúan impunes e incluso laureados.

Nunca se constituyó una Comisión de la Verdad, y a falta de ella tampoco se promovió una política de Estado que, por medio de una investigación rigurosa evaluara y clasificara la suma final de las ejecuciones y sus circunstancias, que examinara la documentación de los juicios militares, que sistematizara los procedimientos seguidos en la represión del maquis, que analizara el comportamiento en su conjunto del sistema carcelario-concentracionario, pero también del judicial, de los años 40 y 50, que revisara la documentación de instituciones clave de la represión como el Tribunal de Orden Público o la Brigada Político Social. Las investigaciones realizadas hasta el momento han sido mayoritariamente iniciativa de los propios historiadores (Espinosa Maestre, 2015, pp. 202, 215-217) y es queja constante, por parte de muchos de ellos, la de que no se impidiera tras la muerte de Franco la destrucción de archivos importantes, o que hayan sido de muy difícil o imposible consulta archivos clave, como los de las fuerzas armadas o los policiales (Reig Tapia, 1984). A título meramente indicativo, ha sido la iniciativa particular de historiadores, periodistas y documentalistas, apoyada en los testimonios orales de las víctimas, la que ha sacado a la luz fenómenos tan dramáticamente relevantes como la desaparición y expropiación de menores, ejecutada de forma legal por el régimen franquista (Armengou, Belis, Vinyes, 2002). También la investigación de las

cárceles de mujeres y de la represión ejercida sobre las familias republicanas, o la que ha acompañado el impactante movimiento de exhumación de las fosas comunes, ha corrido a cargo, en gran medida, de la iniciativa civil (Espinosa Maestre, 2015, pp. 209-212), no de la política estatal o del sistema judicial.

Los distintos gobiernos han rehuído, durante treinta años de sistema democrático, el compromiso de acometer un programa didáctico de explicación a toda la población de lo ocurrido durante la guerra civil y el franquismo, y de las responsabilidades tanto políticas como penales, un compromiso que hubiera podido utilizar las herramientas de una sociedad responsable con su pasado: el sistema educativo, los monumentos civiles, la disponibilidad de los archivos, el recurso a los museos, el establecimiento de conmemoraciones públicas, la toponimia de las ciudades, la señalización explicativa de los lugares históricos, y muy especialmente de los lugares del trauma: fosas comunes, paredones de fusilamiento, cárceles propias o improvisadas, campos de concentración, cementerios... Hace tan solo unos años me encontraba yo en el solar que ocupó la Cancillería del III Reich, en la Wilhelmstrasse de Berlín, y me encontraba estremecido por el aura maligna del lugar. Nada queda ya de aquel soberbio edificio diseñado por Albert Speer, ni de su búnker. Permanece su memoria, recordada por un panel explicativo, uno más de los muchos que en Berlín acompañan a los lugares de la memoria. Tuve entonces la certeza de que solo un elaborado programa de explicación didáctica a toda la población de la tragedia provocada, incluso cuando esa tragedia tiene la desmesura del Holocausto, incluso cuando su responsabilidad se proyecta sobre toda una nación, solo entonces puede quedar culminada la investigación de la verdad, el juicio y la condena de los genocidas, la reparación de las víctimas, a que está obligada toda política de la memoria.

La recuperación de la memoria histórica de la guerra civil. Primera fase: la suma

La situación comenzó a invertirse en España a partir del cambio de milenio, con un intenso debate público iniciado a mitad de los ochenta, que alcanzó su mayor intensidad a partir del cambio de milenio, en torno a la memoria histórica del acontecimiento más traumático de nuestra historia reciente, la guerra civil, un debate que ha pasado, al menos, por dos fases sucesivas.

En la primera, el debate se centró en la condena del alzamiento militar y de la dictadura, en la exigencia de recuperar la memoria histórica silenciada, mediante la investigación de los efectos de la represión generalizada de los vencidos, la exhumación de las fosas comunes, el reconocimiento y la reparación de las víctimas, el discernimiento de las responsabilidades tanto políticas como penales, y la realización de una política de la memoria que incorporase a la conciencia de los ciudadanos los hechos traumáticos del pasado. Es la fase en que la investigación y la historia cultural se afanaron, sobre todo, en una dirección acumulativa. Lo fundamental era reunir la información, hacer la suma.

Curiosamente, y como uno más de los efectos de la era de la comunicación global, un factor desencadenante de ese debate no tuvo que ver tanto con la guerra civil española como con las dictaduras del Cono Sur. En 1998, el arresto en Londres del dictador chileno Pinochet a instancia del juez español Baltasar Garzón, seguido de las diversas denuncias y demandas de extradición internacionales, en una secuencia de acontecimientos que culminó finalmente con su puesta en libertad en el año 2000 por el gobierno laborista británico, tuvo un impacto enorme sobre la opinión pública, y sacudió los cimientos del derecho internacional.

Otro factor desencadenante, este sí directamente relacionado con la guerra civil, fue la primera exhumación de una fosa común, ese mismo año 2000, en Priaranza del Bierzo, que provocó una serie imparable de réplicas en todo el estado, y con ellas la fundación de Asociaciones para la Recuperación de la Memoria Histórica en los distintos territorios autonómicos, que articularon e impulsaron las demandas de exhumación hasta conducir las a la Audiencia Nacional y confiarlas en manos del propio Juez Garzón, en 2006. Dos años después, Garzón se declaraba competente para juzgar una causa contra los crímenes del franquismo. La repercusión en el imaginario colectivo de la apertura de las fosas comunes se ha considerado, casi unánimemente, como el reactivo de la nueva demanda social de memoria histórica, y por ello mismo, de la contestación al Pacto de Silencio y a la política de Reconciliación de la Transición. Especialmente desde la campaña electoral de 1993, pero sobre todo tras la victoria electoral del PP, por mayoría absoluta, en las elecciones generales de 2000, el espacio político se transforma en un campo de batalla en el que se dirime la recuperación por el presente de la memoria de la guerra civil, el exilio, la dictadura, frente al relato legado por el franquismo.

Una serie de deliberaciones parlamentarias se escalonan entre el 2000 y el 2004, haciéndose eco de los distintos frentes que conforman este campo de batalla: el del

debate intelectual de las universidades, el de la movilización social por la exhumación de las fosas, el de las demandas airadas de una nueva generación que exige conocer y posicionarse frente al pasado, y, finalmente, pero ni mucho menos el menos decisivo, el de la reverberación tardía de la revisión histórica llevada a cabo contra las dictaduras militares iberoamericanas, la argentina y la chilena, sobre todo, y más allá, la del Holocausto, con su vasta resonancia. El nuevo Gobierno Socialista, surgido de la victoria electoral del 2004, trató de asumir y encauzar esta demanda social declarando el año 2006 (setenta aniversario de la guerra civil, y setenta y cinco de la República), año de la Memoria Histórica, estatuyendo en Salamanca el Centro Documental de la Memoria Histórica y el Archivo General de la Guerra Civil, y aprobando en el parlamento la llamada Ley de la Memoria Histórica (2007), entre otra serie de medidas que, independientemente de su alcance y de sus cuestionadas limitaciones, suponían el final del llamado pacto de silencio inaugurado por la Transición, y la voluntad de, mediante una política de la memoria consecuente con ella, instaurar una nueva memoria pública.

La génesis de un discurso crítico y la irrupción de una nueva generación

A partir de 2008, irrumpe la crisis económica provocada por el neoliberalismo, y, con ella, y en 2011, el movimiento de indignación contra los recortes sociales y la sumisión del *establishment* político a los intereses del sistema financiero global, que llena de protestas las calles de las ciudades españolas siguiendo la consigna lanzada por Stéphane Hessel a los jóvenes, *Indignez-vous!* (2010). Se inicia entonces una etapa en la que la exigencia de recuperación de la memoria histórica es incorporada a la denuncia de la degradación del régimen democrático español, de su docilidad con el sistema neoliberal, y de una casta política conformista, ajena a las necesidades de la ciudadanía y enclaustrada en el círculo de su corrupción y sus privilegios.

El primer antecedente de una acusación que vincula una y otra causa se viene localizando en un artículo titulado “Claves para un contubernio”, que se publicó en *El País* en fecha tan temprana como la del 15 de noviembre de 1980, por José Vidal-Beneyto, uno de los intelectuales que protagonizaron la Transición. En el artículo podían leerse frases tan contundentes como esta: “Todos sabemos que la democracia que nos gobierna ha sido edificada sobre la losa que sepulta nuestra memoria colectiva”. Y

acusaba a la izquierda de haber firmado con los reformistas de UCD, vencedores de las elecciones de julio de 1977, un “Pacto de silencio”, que se convertiría con el tiempo en uno de los motivos más frecuentados en las acusaciones contra la Transición: un

(...) pacto de silencio histórico suscrito por las fuerzas de la izquierda (...) como precio de su entrada en el club de la Reforma, de su legalización política y de su legitimación social en la nueva democracia. Sin él, era, obviamente, imposible pasar de la calle de Alcalá al palacio de la Moncloa. (Vidal-Beneyto, 15 de noviembre de 1980)

Vidal-Beneyto, intelectual independiente, pero cercano al Partido Comunista, y que había formado parte de la cúpula de la Junta Democrática, impulsada por los comunistas, fue un decidido partidario de la llamada Ruptura Democrática, por lo que se mantuvo muy crítico con la reconversión de la oposición democrática desde la defensa de la Ruptura a la aceptación de la Reforma, impuesta por el reformismo franquista, sobre la que finalmente se fundamentó la Transición, y fue uno de los primeros en asociar la crítica de un relato autocomplaciente de la Transición con fenómenos como la amnesia colectiva, y en acoger ambas posiciones bajo la tesis de la Transición como perpetuación del franquismo bajo otras formas. En un artículo publicado un año más tarde, el mismo Vidal-Beneyto escribía: “Para evitar la ruptura democrática y sustituirla por la autorreforma del franquismo se les practicó a los españoles la ablación de la memoria histórica” (14 de diciembre de 1980).

Contribuyó no poco a la articulación del discurso crítico la reacción del sistema judicial, apoyada en buena medida por el sistema político, contra el Juez Garzón, y que tuvo como inmediata consecuencia una paralización de la causa general contra el franquismo. Primero fue su renuncia a instruir la causa a favor de los jueces territoriales, después la declaración por parte de la sala de lo penal de la Audiencia Nacional de la incompetencia de Garzón, y finalmente el enjuiciamiento de Garzón ocasionado por querellas de muy diversa naturaleza, pero sin duda atizadas por la causa contra los crímenes del franquismo. Curiosamente, Garzón fue absuelto por el Tribunal Supremo por esta causa, pero condenado e inhabilitado como juez por el mismo Supremo por otra causa, la de haber procedido a escuchas ilegales en su instrucción del caso Gurtel, y expulsado acto seguido de la carrera judicial por el Consejo General del Poder Judicial en 2012. Es así como el propio Tribunal Supremo contribuyó a asociar en la indignada opinión popular la disconformidad por la falta de enjuiciamiento de los crímenes del

pasado (los de la guerra civil y el franquismo) y la disconformidad con un sistema político-judicial que condenaba a Garzón y que preservaba la defensa de la red Gurtel, indisolublemente relacionada con la burbuja inmobiliaria, con la corrupción de la alta administración pública y con la propia del partido en el gobierno nacional y en algunos autonómicos. En el centro mismo de la encrucijada, el juez Baltasar Garzón era el nudo que ataba las reclamaciones de una memoria histórica irredenta y la indignación social contra el neoliberalismo y la corrupción.

A partir de precedentes como estos, se irá conformando un discurso crítico apoyado sobre tres grandes claves de sentido. De un lado, la crítica del relato de la Transición como la epopeya de la democracia triunfante por medio del consenso de todos los jugadores implicados, fueran franquistas, antifranquistas o trans, en cualquiera de las dos direcciones. Por otro lado, la crítica del Pacto del Silencio sobre el pasado como precio necesario para conseguir la reconciliación social, el consenso político y la neutralización de las reiteradas amenazas de intervención armada contra la incipiente democracia. Por último, la crítica de una sociedad a la que el triunfo del neoliberalismo, la dominación del capitalismo financiero global y la corrupción tanto pública como privada habían llevado a una crisis económica de consecuencias sociales calamitosas. La asociación de estas tres claves críticas se resuelve en una acusación generalizada contra la Transición, como origen fundacional del Régimen del '78, bajo el que se desenvuelve la España actual.

En esta segunda fase, la demanda de recuperación de la memoria histórica silenciada se defiende desde las mismas trincheras desde las que se resiste la destrucción del estado de bienestar por el neoliberalismo, en un doble movimiento de inconformismo dirigido a la vez contra el pasado y contra el presente, en el que los déficits del pasado revierten como causa de los déficits del presente, y en el que la refundación del presente exige como condición el cumplimiento de las promesas incumplidas del pasado. El triunfo electoral del PP en las elecciones de noviembre de 2011 supuso, por un lado, la desactivación de la política gubernamental de memoria histórica iniciada en 2005, y muy especialmente del movimiento de exhumación de las fosas comunes; por el otro, supuso también la aplicación sin concesiones de las medidas económicas neoliberales que ya había iniciado el anterior gobierno socialista pero que ahora se desploman sobre la población con una reforma laboral, unas privatizaciones o unos recortes sociales exigidos en nombre de la crisis global de 2008-2012 por las instituciones internacionales del gobierno económico mundial (el FMI) y del europeo (la UE y el Banco Central

Europeo), lo que provoca el estallido de la indignación social que salta a los espacios públicos y ocupa, en 2011, calles y plazas; y por último, supone el inicio de una secuencia inacabable de escándalos de corrupción que involucraban a políticos de diferentes niveles de la administración, a empresarios y presidentes de asociaciones empresariales, a banqueros de bancos privados y cajas de ahorros, incluso a dirigentes sindicales y a altos funcionarios, que extendían sus conexiones sobre muy distintos ámbitos de la vida económica y política del país, y que afectaban al conjunto del estado y de sus instituciones. La lucha contra la corrupción se incorporó a la lucha por la memoria histórica y la lucha contra las políticas neoliberales, y acabó reordenando el frente político.

Tanto el discurso crítico como la movilización social son obra, en gran medida, de una nueva generación, la tercera generación tras la guerra civil, la llamada generación de los nietos. En su búsqueda de referentes identitarios políticos y culturales esta generación se encuentra con “el evidente agravio comparativo que supone el hecho [de] que (según se estima por parte de las asociaciones de familiares) más de 30.000 personas asesinadas durante la Guerra Civil por los sublevados continúen enterradas en fosas comunes por toda la geografía estatal” (Rodrigo, 2006), con el olvido en que la sociedad democrática ha sumido a “quienes lucharon contra los sublevados de 1936 o contra los represores durante la dictadura” (Rodrigo, 2006) y con la falta de resolución de las situaciones de injusticia que una guerra civil y cuarenta años de dictadura dejaron irresueltas o impunes. Esta nueva generación responsabiliza a la Transición por su política de consenso y de reconciliación nacional, una política basada en pactos y en concesiones al franquismo por parte de las fuerzas democráticas, que permitieron la perpetuación del franquismo en una democracia de baja calidad, y entre las cuales no fueron las menores la aceptación del silencio sobre el pasado traumático y una amnistía general que se aplicó tanto a las víctimas de la represión franquista como a los responsables de la misma.

La Transición, que cobra de súbito un protagonismo indiscutible en el debate intelectual, se constituye en el momento fundacional de los males del presente, en su horizonte de referencia, y su crítica pasa a formar parte de la estrategia ideológica de la nueva generación. El debate cobra entonces un cierto aspecto de ajuste de cuentas entre generaciones, y evoca inevitablemente otros debates históricos en los que se planteó esta misma lucha generacional por el dominio de la práctica cultural: el debate de la gente *nueva* frente a la gente *vieja* (o de la generación del ‘98 frente a la del ‘68) en el final del

siglo XIX, o el de los novecentistas y vanguardistas frente a los noventayochistas, veinte años más tarde.

Segunda fase: las confrontaciones de la memoria

La emergencia de este discurso crítico conduce a una fase nueva de la investigación, la fase de las confrontaciones. Ya no se trata de acumular los datos de la memoria, como en la primera fase, sino de confrontarlos en esta segunda en función de sus diferencias, y si es cierto que la pertenencia a una generación condiciona su memoria histórica, en competencia con la de otras generaciones, es preciso tener en cuenta además que dentro de una misma generación, las diferentes promociones o “unidades” que la constituyen pueden establecer diferencias muy significativas. Y lo mismo ocurre con el género, y muy especialmente en las representaciones literarias, en las que la memoria se refracta de manera distinta en las narrativas de hombres y mujeres, o con la clase social, o con la identidad nacional o con la identidad civilizatoria (religiosa, de primer o tercer mundo, de occidente o de oriente...), y muy especialmente con los propios acontecimientos históricos, que pueden hacer que una misma generación pase por diversas fases en su trayectoria de formación y de intervención histórica, o que generaciones distintas puedan converger en su reacción ante hechos históricos de una gran relevancia. Son todos ellos factores de confrontación de memorias, de lucha entre distintas memorias sectoriales por conformar una memoria histórica hegemónica, que también se ha llamado una memoria cultural, o una memoria pública.

Consignada esta concepción relativista del papel de la generación en la conformación de la memoria pública, me centraré aquí, no obstante, en este contexto de lucha generacional, en el que la llamada generación de los nietos de la guerra ha deconstruido el relato heredado de la Transición en función de su lucha por la transformación de la sociedad española actual. Esquematisando sus conclusiones, la Transición sería el origen y la causa de la degradación del presente, y la principal responsable de la Transición sería la generación que la protagonizó, la generación que aquí llamaremos Generación de la Transición, que en literatura ha sido llamada también Generación del ‘68, de los 70 o de los Novísimos, y que los historiadores han denominado Generación Segunda o de los Hijos de la Guerra. Mi generación.

La Generación de la Transición y el reencuentro con el exilio

Si en lugar de abordar la práctica política de esa Generación, cosa que nos situaría en un escenario diferente, nos situamos en el terreno cultural, dos son las cuestiones que creo poder abordar con cierto conocimiento de causa: la actuación social de la generación respecto de la memoria histórica republicana, y las representaciones literarias de esa memoria histórica.

Respecto a su actuación social, la Generación de la Transición, la que había crecido en el interior del país, fue la que protagonizó el reencuentro con la *España peregrina* y silenciada, mediante el establecimiento de relaciones muchas veces directamente personales y casi siempre con una actitud de homenaje. Aunque los primeros esfuerzos de escritores por restablecer lazos con los del exilio (casos de C. J. Cela, D. Alonso, J. L. Cano y otros) comenzaron en la misma posguerra, es “la muerte del dictador [la que] ofreció la coyuntura para el reencuentro físico y moral de las dos generaciones”, como ha escrito la historiadora Josefina Cuesta. Previamente, “la segunda generación había tenido ocasión de elegir, en la clandestinidad, sus *autoridades enunciativas*” (Cuesta, 2007) en un *acto afiliativo* de adhesión al exilio republicano y a la memoria de los derrotados en la guerra civil. A partir de 1975,

la República se hace visible sobre todo en los exiliados retornados, de los que la prensa se hace amplio eco [y que] incorporaban, no sin dificultades, la España peregrina a la sociedad del interior. El 14 de abril de 1976 son Claudio Sánchez Albornoz y Salvador de Madariaga los que ocupan la escena. Les seguirán nombres tan reconocidos como Santiago Carrillo o Dolores Ibárruri, *La Pasionaria*, Wenceslao Roces (...) entre otros muchos. Recordemos la mesa de edad del Congreso de los Diputados de 13 de julio de 1977, con Dolores Ibárruri y Rafael Alberti como vicepresidentes (...). El regreso del *Guernica* de Picasso condensó la memoria del retorno. El retorno de personalidades o la recuperación de biografías, escritos y obra de los autores del exilio republicano ha sido una de las más impactantes en la historia de la transición española. (Cuesta, 2007)

Muchos no llegaron a tiempo, habían quedado en el camino, pero la reivindicación de la memoria republicana comenzó por los poetas muertos, Antonio Machado, Federico García Lorca, Miguel Hernández, sobre cuyas figuras y obras se sucedieron los homenajes. No intervino solo la Generación de la Transición, en este reencuentro, los

propios compañeros de generación de los exiliados, en el interior, tuvieron un papel relevante, pero sí fue fundamentalmente la Generación de la Transición la que, además de acoger y reivindicar por medio de afinidades personales a los escritores del exilio, regresaran o no a España, hubieran muerto o siguieran vivos, la que procedió a la investigación y el reconocimiento de la literatura creada en el exilio, y normalizó su presencia en la historia contemporánea de la literatura, hasta entonces desaparecida salvo en el caso de los poetas del '27 que disponían de una obra ya reconocida antes de su exilio. Fue, por ejemplo, el caso de Rafael Alberti, de quien un muy joven Luis García Montero se convirtió en escudero, y de su vuelta, por fin, a Granada, una Granada que se afanaba ya en la plena incorporación institucional de Federico García Lorca, o que acogía cálidamente a Francisco Ayala. Y por no pormenorizar los casos, me remitiré a los estudios de conjunto sobre el exilio, sus revistas y publicaciones, sus biografías, el análisis de sus obras, de estudiosos como José Ramón Marra López (1963), Francisco Caudet (1992 y 1997), o Manuel Aznar (2006), fundador en 1993 del GEXEL (Grupo de Estudios del Exilio Literario), inagotable dinamizador de las investigaciones, y cuya labor de años ha culminado en 2017 con la publicación de los 4 tomos del *Diccionario bibliográfico de los escritores, editoriales y revistas del exilio republicano español de 1939*.

En este aspecto, pocos escritores del exilio han alcanzado el grado de reconocimiento logrado por la figura y la obra de Max Aub, quien tan amargamente se quejaba de la ignorancia de los españoles sobre su obra en 1971. Fue justamente un político de la Generación de la Transición, miembro del PP, Manuel Tarancón, quien adquirió el archivo del escritor y lo puso a disposición de los investigadores. Ya en diciembre de 1993, y organizado por quien suscribe estas líneas, se le otorgaba póstumamente a Max Aub la medalla de la Universidad de Valencia y se celebraba el *I Congreso Internacional Max Aub y el laberinto español*, que congregó por primera vez un extenso elenco de estudiosos procedentes de muy diversas geografías y acotó para nuestro escritor una parcela del hispanismo internacional. Al año siguiente, Antonio Muñoz Molina convirtió su discurso de incorporación a la Real Academia de la Lengua Española en un homenaje a Max Aub, *Destierro y destiempo de Max Aub*. En 1997 se constituía la Fundación Max Aub, en la ciudad de Segorbe, con un Archivo-Biblioteca de gran riqueza documental y bibliográfica, lo que supuso un decidido impulso a la investigación y la difusión maxaubianas, secundado por la revista científica de la casa, *El correo de Euclides*. En el año 2000 se iniciaba la publicación de las *Obras Completas*,

financiadas por la Generalitat y por la Diputación de Valencia, y dirigidas por quien suscribe estas líneas, con doce volúmenes publicados hasta la fecha, y otros dos ya a punto de imprenta. En fin, desde los años 90 han sido incesantes los congresos, jornadas, cursos especializados, publicaciones monográficas, ediciones de divulgación o científicas dedicados a su obra. Max Aub no lo pudo ver, pero quien hacia 1970 apenas tenía un especialista de su obra, eso sí, del prestigio de Ignacio Soldevila (1973) y algunas referencias de conjunto en ensayos generales de Eugenio García de Nora (1958-1962) o José Ramón Marra López (1963), se ha convertido en la actualidad en uno de los escritores más editados y estudiados del siglo XX español.

En cualquier caso, las obras de los republicanos exiliados han normalizado en buena medida su presencia en la historia literaria española del siglo XX, que ya no puede organizar un relato de la posguerra centrado exclusivamente en el interior del país, como fue norma hasta bien entrados los años 90.

Y lo que se produjo como reencuentro intelectual y literario, también tuvo su traducción en la esfera política. Como ha insistido Josefina Cuesta (2007) a propósito del pacto anti-franquista y de la amnistía general aprobados en el IV Congreso del PCE, “eran dos generaciones que se integraban en la misma trayectoria: la de los testigos oculares, La Pasionaria y Carrillo, con la de los jóvenes militantes del PCE”. Nada más ilustrativo, a este respecto, que la cooperación de ambas generaciones en la trayectoria del PCE desde la clandestinidad hasta la legalidad. Si en la clandestinidad las riendas de *el Partido*, por antonomasia, o del movimiento sindical, en el interior, estaban en manos de líderes jóvenes en Cataluña, en Madrid, en el País Vasco, en Andalucía, en el País Valenciano, en las Islas, que no habían vivido la guerra civil o la habían vivido de niños, en el exilio y desde París gobernaba *el Partido* la vieja guardia, los supervivientes de la guerra civil, comandados por la Pasionaria y Santiago Carrillo, y apoyados en España desde las cárceles y por los militantes históricos, en bastantes casos excarcelados en los últimos años. A pesar de conflictos como el que expulsó del Partido a Jorge Semprún y a Fernando Claudín (1964), la actitud que se impuso en los nuevos dirigentes fue la de cooperación con la generación del exilio, que fue recibida triunfalmente tras la muerte de Franco, y a la que se entregó el control del Partido en el interior. Lo contrario de lo que ocurrió en el Partido Socialista Obrero Español, en el que el Congreso de Suresnes (1974) supuso el desplazamiento de la vieja guardia por los jóvenes dirigentes del interior. Todavía no sé muy bien quién hizo lo adecuado, lo cierto es que la historia del PCE en el

tardofranquismo ilustra la colaboración de las dos generaciones, sobre la base del reconocimiento de la memoria de la guerra civil y del exilio, en la lucha por la democracia.

La novela y la memoria histórica de la guerra civil

Si el reencuentro entre la generación de los hijos, asentada en el interior del país, y la de los padres literarios que volvían desde el exilio, fue efectivo en el nivel de las biografías y de la historia política, ¿lo fue de la misma manera en el de las representaciones literarias? ¿Se podría aplicar en España, y a la narrativa española, el concepto de *posmemoria*, creado por Marianne Hirsch (2012) para el Holocausto y aplicado –aunque también discutido– en Argentina?

Fue muy escaso el número de novelas sobre la guerra civil publicadas por los miembros de la Generación de la Transición antes de la muerte de Franco o durante los años estrictos de la Transición (1975-1982), a pesar de que como escritores habían comenzado a publicar hacia finales de los años 60 y principios de los 70, por lo que en la Transición se encontraban en una fase de producción creciente. De un total de 108 novelas tomadas en consideración para el período 1965-1982, solo he podido identificar seis relacionadas con la guerra civil, y solo dos de ellas tuvieron un impacto notable en la época. Una, *El día que murió Marilyn*, de Terenci Moix, fue publicada inicialmente en catalán (1969) y traducida al castellano en 1970, pero no alcanzó su versión definitiva, muy retocada ya, hasta 1998. El núcleo de su universo narrativo no era, de todas maneras, la guerra civil. La otra, publicada significativamente en 1976, es *En el día de hoy*, de Jesús Torbado, que obtuvo el Premio Planeta de ese año, pero es una ucronía que permite volver a la guerra civil cambiándole el desenlace: triunfó la República y Franco hubo de exiliarse en Cuba. Su relación con la memoria venía a ser más bien oblicua.

En esta época en que la generación comienza a publicar sus primeros libros, las tendencias dominantes nos llevan lejos de la memoria histórica de la guerra. *Yo maté a Kennedy* (1972), de Vázquez Montalbán, inicia, en clave experimentalista, la serie de novelas negras del autor. *Experimento en Génesis* (1967) o *Laberinto levítico* (1972), de Germán Sánchez Espeso, se escriben bajo el influjo del *nouveau roman*; Carlos Barral lanza, en Barral editores, una línea de novelas programáticamente de vanguardia como

Alimento de salto (1972) de Javier Fernández de Castro, y *El juego del lagarto* (1972), de Carlos Trías; o novelas de un culturalismo muy próximo al de los poetas novísimos, como la de Félix de Azúa *Las lecciones de Jena* (1972). En este clima, en el que predominan el experimentalismo neovanguardista de finales de los 60 y el culturalismo cosmopolita heredero del *Modernism*, disuenan libros como *Las corrupciones* (1965) o *En el día de hoy* (1976), de Jesús Torbado, o *Cerberos son las sombras* (1975), de Juan José Millás, que con diferentes estilos dejan traslucir todo el peso de una época de guerras perdidas.

La Generación de la Transición se incorporó pues a la práctica literaria desde posiciones muy lejanas a las de la memoria histórica, en una época en que, como ha observado Enzo Traverso (2007), todavía no se utilizaba, en los estudios sociales e históricos, el concepto de memoria histórica. Tuvo también su parte, no obstante, la censura franquista, que a pesar de la nueva ley de Prensa e Imprenta, la *Ley Fraga*, aprobada en 1966, que extinguía la censura previa pero que establecía un régimen indirecto de vigilancia de las publicaciones y de control de los editores, seguía impidiendo abordar de forma abierta las voces de la guerra civil y el repudio del franquismo.

Y esta primera promoción o unidad generacional, la que hace su aparición antes de la muerte de Franco, continuará en buena medida, en las décadas siguientes, orientada hacia la exploración de la literatura en su autonomía estética, inmersa en la urdimbre de tramas y citas intertextuales, de la escritura como reescritura, del texto como pieza de una textualidad universal, que abarca el conjunto de la literatura y que opera en un orden sincrónico, según el modelo eliotiano, y fascinada por el *giro lingüístico* que por entonces dominaba el paradigma de la teoría literaria -bajo la hegemonía de un pensamiento francés que recorre, en sucesivas fases, desde el estructuralismo al deconstruccionismo, pasando por la semiología, y en el que Roland Barthes ejerce la máxima autoridad en la crítica literaria. Se trata de una norma literaria dominante, configurada en España a partir de la triple alianza del gran estilo internacional de Benet, de la revolución del lenguaje de Goytisolo, y de la poética de los Novísimos, enunciada por Castellet (1970). En paralelo, la obra de Enrique Vila Matas, que aunque de irrupción temprana alcanzará una influencia bastante más tardía, pone en juego los postulados de una lectura vanguardista del posmodernismo. El balance, pues, es el de una narrativa desinteresada del análisis de la realidad contemporánea, cuanto más de la recuperación del pasado traumático de la guerra civil. La historia, cuando se presenta, y lo hace de forma frecuente en muchas de

estas novelas, busca el pasado remoto, la recreación culturalista, a veces incluso su parodia, y la reflexión metaliteraria, en la línea de novelas como, *El insomnio de una noche de invierno* (1983), de Eduardo Alonso, *El Santo Grial* (1983), de Paloma Díaz Mas, o *Mansura* (1984), de Félix de Azúa. Plenamente representativa de esta primera promoción generacional es la obra narrativa de Javier Marías, un novelista que por edad pertenecería a la segunda unidad generacional (nacidos después de 1950) pero que inicia su carrera muy temprano, en 1971, con *Los dominios del lobo*, y cuya poética se acercará mucho a la descrita hasta aquí. Marías, a finales de los años 80, publica una novela como *Todas las almas* (1988), culminación de su trayectoria anterior y base de lanzamiento de bastantes de sus obras posteriores, que todavía no se han recuperado de su estancia juvenil en Oxford, como *Negra espalda del tiempo* (1998) o *Tu rostro mañana* (2002, 2004, 2007). Si hubiera que elegir una única narrativa de autor como fundamento de esta primera promoción de la generación de la Transición, yo elegiría la de Javier Marías, con su calidad exquisita dentro de las características propias de una novela sumamente intelectualizada y culturalista, en ocasiones *snob*, en la que la disquisición sobre conductas, ambientes y situaciones subsume casi por completo su representación.

Cuando esta primera oleada de la Generación de la Transición se sienta atraída hacia la evocación de la guerra civil, ya muchos años más tarde, y arrastrada sin duda por el debate social sobre la memoria histórica y las acusaciones contra el pacto del silencio, a partir del final de siglo, lo hará en novelas como *Tu rostro mañana* (2002-2007), de Javier Marías, o *Cambio de bandera* (1991), de Félix de Azúa, que se acercan a la guerra civil desde una elaboración tan minimizada y sofisticada como en la novela de Marías, o tan caricaturesca y expresionista como en la de Azúa, en ambos casos desde una considerable distancia, nada afiliativa, entre el mundo del autor y el del conflicto, distancia que opera en estas y otras novelas (*La casa del padre*, *La caza salvaje*, *Jo confesso*, *El triple agente*, *La hija del caníbal...*) al situar la guerra civil en el escenario de un juego de enigmas, de turbios manejos de intrigas policiales y de servicios secretos, que permiten apoyar la narración más sobre las reglas de la novela de género (la de espías, la policial) que sobre la evocación de un conflicto traumático, y ello incluso cuando la guerra civil forma parte del núcleo del argumento, como en *Cambio de bandera*, novela que se aproxima a la contienda, en Euskadi, para dejar en el lector una impresión dominante de absurdo, de falta de sentido para el autor de cualquiera de las posiciones, de escenario privilegiado para los oportunistas, impresión esta última muy generalizada en el conjunto de estas

novelas de la memoria tangente. Probablemente las más características de estas novelas hacen uso de un humorismo paródico muy posmoderno, tal como lo teorizó Linda Hutcheon (1985 y 1988), y con su misma ambigüedad de sentido.

En esta primera promoción de la generación, que empieza a publicar a finales de los 60, aparece temprano una figura discordante, la de Manuel Vázquez Montalbán. Si bien sus orígenes conectan con el experimentalismo de los 60, en novelas como *Recordando a Dardé* (1969) o *Yo maté a Kennedy* (1972), y se le ha relacionado por su trayectoria biográfica con el grupo de la *gauche divine* en la Barcelona de Carlos Barral y Josep María Castellet (Villamandos, 2011), personajes ambos que jugaron un papel determinante tanto en la poesía novísima como en el intento de lanzamiento programado de una nueva narrativa de vanguardia. No obstante, su sensibilidad de clase, tan distante de la de la *gauche divine*, y su militancia comunista lo distancian, desde esos mismos orígenes, y lo sitúan en posiciones de contemplación irónica del presente (*Manifiesto subnormal*, de 1970), que se harán progresivamente más agudamente críticas (*Crónica sentimental de la Transición* (1985), *Los alegres muchachos de Atzavara* (1990)). Pero lo que interesa aquí es que entre 1985 y 1990 Vázquez Montalbán publicará dos novelas que sientan, en España, los fundamentos de una novela de la memoria. En la primera, *El pianista* (1985), la guerra civil es ese gran agujero negro alrededor del cual giran tres secuencias narrativas, succionadas por su vorágine, y en orden inverso: la Barcelona divina y desencantada de los 80, tras el triunfo socialista, la Barcelona de privaciones y vida vigilada de la posguerra de los 40, y el París de las semanas previas a la sublevación militar. Una misma historia en tres fases netamente separadas, que sin embargo tienen como centro de sentido, como causa última de los destinos implicados, la guerra civil no representada. En la segunda, *Galíndez* (1990), una de la obras maestras de la segunda mitad del siglo, la visión se hace internacionalista, se desplaza entre Euskadi, Santo Domingo, Nueva York y el Madrid de la gente guapa socialista, reparte su interés entre el recuerdo de la guerra civil española, la dictadura de Trujillo en Santo Domingo, el exilio vasco, o la actuación de la CIA como policía del Imperio durante la Guerra Fría, y por encima de todo articula la novela sobre una intriga potente, una polifonía de voces, y el decidido abordaje narrativo del pasado traumático, asumido por una protagonista apátrida y sin partido o causa previa, que investiga, en su tesis doctoral, el asesinato del nacionalista vasco Jesús de Galíndez, y que hace de esa investigación un proyecto de recuperación de la memoria histórica como arma de lucha contra el terrorismo de estado,

contra el olvido propiciado por los intereses del imperio, y en nombre de una ética de la resistencia, de la exigencia llevada hasta el último límite de enfrentarse a un silencio culpable.

La segunda promoción de la Generación de la Transición aflora a partir de la muerte de Franco, pero sobre todo ya entrados los ochenta, e irrumpe con una poética de nuevo signo, que recupera gozosamente el argumento narrativo y la pasión de narrar, que busca y encuentra un mercado muy amplio de lectores, que se subleva contra la primacía del “discurso” sobre la “historia”, y que en la mayoría de los casos acepta el reto de explorar la realidad contemporánea, en un movimiento que en otro lugar denominé *realismo posmoderno* (Oleza, 1994 y 1996). Abre la marcha Eduardo Mendoza en 1975, con *La verdad sobre el caso Savolta*, que produjo un vuelco en el panorama narrativo. Sus primeras novelas (*La verdad sobre el caso Savolta* (1975), *El misterio de la cripta embrujada* (1978), *El laberinto de las aceitunas* (1982), y *La ciudad de los prodigios* (1978)) abrieron vías nuevas sobre los ejes de un argumento estimulado por una imaginación muy libre, que rompía con la autosuficiencia del “discurso” y con las estructuras experimentalistas, del gusto por la diversificación de personajes, incluidos los más excéntricos, de un humor que se desliza desde la ironía al sarcasmo o a la caricatura, y que se recrea en la parodia de las novelas de género, y de esa condición de metaficción historiográfica que algunos años después teorizaría Linda Hutcheon al tratar del posmodernismo USA (1985 y 1988), pero las de Mendoza son novelas que cuando abordan la historia mantienen su interés lejos de la guerra civil, aunque busquen siempre el espacio de una Barcelona muy reconocible y aunque el universo conflictivo registrado resuene poderosamente en el presente.

Esta segunda promoción tiene un núcleo muy significativo en los narradores leoneses, Luis Mateo Díez, José María Merino o Juan Pedro Aparicio, nacidos en los primeros años 40, como Azúa o Guelbenzu, pero que no llegaron a darse a conocer sino tras la muerte de Franco. Son novelistas que van a marcar con su impronta la narrativa de las dos décadas siguientes. Desde distintas propuestas personales, predomina en ellos la tensa elaboración de un idioma castellano muy rico, la inmersión ensimismada en el pasado, en el rastreo de los orígenes identitarios, una inmersión que se desliza sutilmente entre la percepción consciente y la onírica, que abunda en resonancias de una cultura oral, antropológica, en un ambiente regional, incluso local, pero con un alto valor simbólico, que conduce su narrativa hacia un encuentro cada vez más acendrado entre

realismo y simbolismo, con irrupciones de lo fantástico. Aunque en sus novelas el peso de la posguerra sobrevuela los distintos ámbitos, confiriéndoles su atmósfera más peculiar, los tres tardan en abordar literariamente el trauma de la guerra civil, aunque esta comparezca en algún episodio de alguna novela o como alusión de fondo. Juan Pedro Aparicio la abordará de frente en *La forma de la noche* (1994), José María Merino en *La síma* (2009), mientras que Luis Mateo Díez, quizá quien más ha transparentado esa atmósfera de sórdida y aplastante posguerra a lo largo de toda su narrativa, no aborda el trauma más que oblicuamente en novelas como *Fantasmas de invierno* (2004), y en el terreno de los símbolos o de los recuerdos enredados entre los sueños: la visita del Diablo a la ficticia ciudad de Ordial, los cadáveres que flotan sobre el río helado, las voces de los muertos por fusilamiento, la jauría de lobos que ronda la ciudad, que se infiltra en ella, que llega incluso a domesticarse, el desamparo de un hospicio en el que se asesinan niños depauperados y enfermos, una ciudad toda ella sumergida en la noche, en la nieve del invierno, en los huecos más oscuros de la historia.

Ese mismo peso de la posguerra, reflejado en las situaciones narrativas y en el simbolismo implícito, puede constatarse en las narraciones de Adelaida García Morales, *El sur* (1985) y *El silencio de las sirenas* (1985), localizada esta última en las Alpujarras, en las que no se aborda el recuerdo mismo de la guerra, pero en las que sus huellas están siempre a flor de piel. Lo mismo puede constatarse en uno de los novelistas más fecundos y de mayor calidad de este grupo, el extremeño Luis Landero (1948), si bien sus universos narrativos son más realistas que simbólicos: *Juegos de la edad tardía* (1989), *El guitarrista* (2002), *Hoy, Júpiter* (2007), *Retrato de un hombre inmaduro* (2009), probablemente sus mejores novelas, parecen exigir, en la atmósfera de todo un país en derrota, la condición previa de una guerra civil, que sin embargo no asciende al primer plano. Y es que algunos de los novelistas de la generación más reconocidos por la crítica, como Eduardo Mendoza, Luis Mateo Díez, Luis Landero, Arturo Pérez Reverte, o Rafael Chirbes no han asumido el reto de hacer de la novela un instrumento de recuperación de la memoria histórica de la guerra civil, aunque esta es la condición necesaria del ambiente de muchas de sus novelas.

Sí en cambio, asumieron ese reto, en los noventa, Joaquín Leguina, con *Tu nombre envenena mis sueños* (1992), o Rosa Montero, con *La hija del caníbal* (1997), ambos desde el juego con las estructuras de la novela policial posmoderna. Diferente es el caso de Justo Navarro con *La casa del padre* (1994), novela densamente literaria, en la línea de

la primera promoción, pero que narra el retorno de un aparentemente inane voluntario de la División Azul a una Andalucía sórdida, de vencedores, de delaciones y de represalias, una Andalucía de luto y de turbias intrigas por el enriquecimiento, que hace aflorar en el lector, una vez más, la falta de sentido de un tiempo devastado por la guerra. Tal vez el núcleo más consistente de esta memoria de la guerra y de la inmediata posguerra se encuentre en la obra de Alfons Cervera, un novelista que había iniciado su trayectoria en los años 80 en clave neovanguardista, y cuyo compromiso ético lo lleva en los 90 a escribir su pentalogía *Las voces fugitivas* (1995-2005): la segunda de estas novelas, *Maquis*, se convertirá en referencia internacional obligada de los estudios sobre la novela de la memoria, con su intensidad lírica, un fragmentarismo compositivo que es compatible con la sencillez estructural, la audiencia de las voces de los múltiples personajes, o su apelación a las emociones.

La irrupción de nuevos narradores

Pero esa misma década de los 90 contempla la irrupción de un grupo de escritores nacidos después del '55, cuya posición generacional está por dilucidar, pues podrían ser considerados o como la tercera promoción de la Generación de la Transición, pues la Transición fue un momento determinante de sus biografías, o como la cabecera de la generación siguiente, pues fueron en su mayoría nietos de los supervivientes, nietos de la guerra. Fue este grupo el que abrió de par en par las puertas de la novela de la memoria. Me refiero a Julio Llamazares con *Luna de lobos* (1985), a Antonio Muñoz Molina, con *Beatus ille* (1986) y *El jinete polaco* (1991), a Almudena Grandes con *Malena es un nombre de tango* (1994), o a Manuel Rivas con *La lengua de las mariposas* (1996 en gallego, 1997 en castellano), y tal vez sea *El jinete polaco* la que formula de manera más ambiciosa y completa el nuevo modelo de novela, con su eje en la indagación del personaje protagonista, a menudo identificado también como narrador, en las sombras de un pasado silenciado, su recurso a las voces y a las imágenes de este pasado, su búsqueda problemática de arraigo y delimitación de la propia identidad, individual a la vez que familiar y colectiva, su aprendizaje de los valores éticos que han de hacerse propios, su dimensión metaliteraria, su voluntad de análisis de la realidad social, su pasión por la narrativa de argumento, o su desprejuiciada orientación hacia consensos

lectores amplios, aprovechando los recursos de los géneros y medios de comunicación más populares.

Ya entrados en los noventa, serán muchísimas las novelas que se embarcan en el movimiento de una narrativa de la memoria histórica. Es tal la fuerza de atracción de este movimiento que ha dado pie a tratar de explicarlo como una moda literaria (Becerra, 2015), generalización que es tan abusiva como esquemática, pero que puede contribuir a explicar como acercamientos oportunistas los de algunos escritores.

Son succionados hacia este movimiento novelistas de la primera promoción, como Javier Marías o Félix de Azúa, y la segunda promoción aporta una multitud de novelas, de las que me limitaré a comentar las que, a mi juicio, han resultado decisivas para caracterizar este fenómeno. Entre ellas, la única novela, o conjunto de relatos, publicado en vida por su autor, Alberto Méndez, con el título de *Los girasoles ciegos* (2004), que aporta importantes novedades al conjunto y que ha sido reconocida por la crítica como una obra magistral. Lo mismo puede decirse de *La caída de Madrid* (2000) de Rafael Chirbes, novela que es un espléndido análisis del final de toda una época, la del franquismo, para dar paso a otra, llena de incertidumbres, que es la Transición, pero en la que los últimos coletazos sanguinarios del franquismo se entremezclan con el recuerdo muy vivo, por parte de los personajes más veteranos de la novela, de su pasado en la guerra civil, y en la División azul, al tiempo que se asoman a la realidad española, reacias a incorporarse, las sombras del exilio. Habría que destacar, también, la novela de Dulce Chacón (1954), *La voz dormida* (2002), que sacó a la escena las voces torturadas de las mujeres en las cárceles del franquismo, en los años más duros de la inmediata posguerra, entre las sacas siniestras y las precarias condiciones de los familiares, o la clandestina rebeldía de las que colaboran en el exterior con el maquis y la resistencia. Desde Euskadi, el novelista vasco Bernardo Atxaga (1951), de notable influencia en el panorama de la literatura en castellano, aporta *El hijo del acordeonista* (2003 en vasco, 2004 en castellano), que no se centrará en los conflictos de ETA, como sus novelas anteriores, sino en la evocación y en la persistencia de los efectos de la guerra sobre una Euskadi rural e idílica, ahora rota, en la que su protagonista no encuentra otro modo de supervivencia que el de la renuncia al país y el voluntario exilio en los USA.

Los años que siguen al 2000 son los años en que los novelistas nacidos con posterioridad al '55, y que pueden considerarse en una u otra generación, y los nacidos con posterioridad a los 60, que forman indiscutiblemente la generación de los nietos,

lanzarán sobre el mercado español de lectores una auténtica legión de novelas, que provocarán que en 2007, cuando Isaac Rosa se disponga a publicar la segunda versión de su primera novela, *La malamemoria* (1999), decida cambiarle el título y aplicarle el paródico de *¡Otra maldita novela sobre la guerra civil!*. Esto ocurría, sin embargo, no solo después de la acumulación de un gran número de novelas, sino después de que aparecieran algunas de un interés crítico innovador o de una gran madurez estética. Seleccionaré únicamente las que han causado un mayor impacto en los lectores: *Soldados de Salamina* (2001), cuyo éxito de mercado, tan abrumador, convirtió al autor en punto de referencia de críticas quizá justificables desde el punto de vista ideológico, pero no, en absoluto, desde el de su poder narrativo, capaz de crear todo un modelo de novela de la memoria, que anuda en torno a sí muchos de los elementos clave de la narrativa posmoderna: la metaficción, la autoficción, la docuficción, la escritura como reescritura, la escritura en progreso, la polifonía de voces, el desafío entre novela e historia, la construcción sobre un eje de investigación de lo no sabido, de lo borrado por la memoria de los vencedores, etc. *Enterrar a los muertos* (2005), de Ignacio Martínez de Pisón, una novela que libra su búsqueda del sentido sobre un acontecimiento traumático entre la historia, el periodismo, y la metanovela; *Mala gente que camina* (2006), de Benjamín Prado, con su aguda, precisa, estimulante incursión en la denuncia, desde la ficción, de los niños desaparecidos del franquismo, con su ingenioso artificio metaliterario, con sus juegos intertextuales que nos devuelven a la posguerra de Carmen Laforet y de Carmen de Icaza, del Auxilio Social o de la Sección Femenina. Por último, probablemente sea *El corazón helado* (2007) la novela con mayor ambición de totalidad de cuantas se agrupan bajo este capítulo de la narrativa de memoria. Como las grandes novelas del XIX, y bajo la inspiración lejana de Galdós, Almudena Grandes construye toda una doble saga familiar, con su multitud de historias y de personajes, que cubren una geografía a la vez española y francesa, sin dejar de pasar por el frente ruso o por el refugio báltico, en un tiempo dilatado, a menudo épico, entre los años de la República, los de la guerra civil, los de la División azul, los del exilio, y los de la España inmediatamente precedente a la crisis del 2008-2012, con un tratamiento narrativo que hace del análisis de las emociones su más productiva estrategia.

El balance narrativo de la Generación de la Transición

El momento de irrupción en la práctica literaria de una nueva novela de la memoria, escrita por miembros de la Generación de la Transición, tuvo que esperar, después de algunos precedentes como *El día que murió Marilyn* (1970), o la muy curiosa *En el día de hoy* (1976), de Jesús Torbado, hasta después del triunfo socialista de 1982, con *El pianista* (1985) de Vázquez Montalbán, un escritor en su momento de madurez y ya bien conocido por entonces en el mercado literario. Antes de esa fecha, el concepto de memoria histórica no había entrado en el universo académico, y cuando la novela quería ser memorial seguía predominando el esquema evocativo que indaga en el pasado como fuente de la identidad personal, a la manera proustiana.

Habrà que observar, no obstante, que sobre las mismas fechas en que Vázquez Montalbán publica su novela, se publican otras dos llamadas a tener una gran influencia sobre el panorama literario español, *Luna de lobos* (1985), de Llamazares y *Beatus ille* (1986) de Muñoz Molina, ambos autores pertenecientes a esa promoción intermedia entre la Generación de la Transición y la de los nietos de la guerra. En suma, en los años '85-'86, se produce la comparecencia simultánea de dos grupos generacionales en el despertar de la novela de la memoria en España. Y esta co-aparición se mantiene en la década del 90, en la que Vázquez Montalbán publica *Galíndez* (1990) y Muñoz Molina *El jinete polaco* (1991), las dos novelas llamadas a fijar el modelo de la nueva novela de la memoria, ya insinuado en *Beatus ille*, pero no en *El pianista*. Un modelo en el que el conocimiento de lo que ocurrió no deriva de la crónica de los acontecimientos, sino de su reconstrucción, y de su reconstrucción por un mediador que no busca tanto evocar o identificarse de entrada con los acontecimientos y los personajes como descubrirlos por medio de la indagación. Una indagación que, como postula Marianne Hirsch, procede por dos vías. Por un lado, la familiar, en *Beatus ille* y en *El jinete polaco*, que rescata las voces de los ancestros, los objetos y lugares testimoniales y, sobre todo, las imágenes del pasado (el baúl de fotografías de Ramiro retratista, en *El jinete*). Pero por el otro, la *afiliativa*, que en muchas novelas requiere una investigación documental como factor determinante de la afiliación entre el investigador y el pasado traumático, nada menos que una tesis doctoral, en *Galíndez*. Y este modelo se mantendrá desde estas fechas tempranas hasta otras mucho más tardías, como *El monarca de las sombras* (2017) de Javier Cercas, *Mala gente que camina* (2006), de Benjamín Prado, y *¡Otra maldita novela*

sobre la guerra civil! de Isaac Rosa (2007), convirtiéndose en el esquema hegemónico (no el único, pues persiste el modelo evocativo, e incluso el cronístico) de estos relatos. Ciertamente que este impulso a conocer lo que se desconoce produce en su mismo desenvolvimiento, a través de las etapas de la investigación, una progresiva identificación del narrador, y a menudo, protagonista, con los sucesos y, sobre todo, con las víctimas, y una denuncia de los responsables, con lo que la novela se transforma en instrumento de justicia reparadora y de acusación contra los crímenes de la guerra civil y del franquismo. Cobra así una dimensión política. El acto afiliativo, que en muchos casos está impregnado de emoción solidaria, supone también, sobre todo cuando se acerca a su pleno cumplimiento, y más en el grupo de escritores de la promoción más joven, una toma de partido entre las distintas formas de enfrentarse al recuerdo de la guerra, una toma de partido que puede ser antagónica en los distintos personajes, como en *Mala gente que camina*, o contradictoria en un mismo personaje, como en *Soldados de Salamina*, donde se pasa de una posición de no implicación ante un conflicto remoto, a otra de compromiso con un conflicto cuyo legado se asume. En todo caso, elegir la propia opción de pasado entre las opciones diferentes o enfrentadas, supone un acto de habla, por parte del narrador, inevitablemente político. Y esta indagación se proyecta además en una dirección identitaria, pues conduce, en buena parte de los casos, a la afirmación, reconstrucción o decantación de la propia identidad, como en el caso temprano de la Muriel de Galíndez, o del Mudarra de *Beatus ille*, y es en esta dirección donde alcanza su mayor sentido el acto afiliativo, el de búsqueda de la propia identidad contrastada con la de otro u otros, contra la de otro u otros, a partir de la de otro u otros, después de la de otro u otros, que nos han precedido.

La indagación, por otra parte, se proyecta como una metáfora de la creación literaria, en novelas que como estas han crecido dentro de la exigencia de autoconciencia y de deconstrucción de lo moderno, propia del final de siglo XX: Muriel indaga en el objetivo de su tesis de doctorado, el personaje de Galíndez y su época, como el novelista indaga en sus personajes y en su mundo. Y lo mismo harán los protagonistas de *El jinete polaco*, *Soldados de Salamina*, *El monarca de las sombras*, o *Mala gente que camina*.

Por último, y quizá sea ese su mayor potencial significativo,

(...) la convergencia de tantas novelas en la estructura de indagación, de desvelación de un sentido o de una clave secreta, de investigación en torno a la vida de alguien que ha desaparecido dejando tras sí los signos en clave de su misterio, tiene el potencial de

alegorizar una exigencia constitutiva de la postmodernidad: si la postmodernidad nace de la moción de censura contra los grandes programas explicativos de la modernidad, sus utopías y credos sistemáticos, entonces lo propio de la postmodernidad es ese estado en el que es más necesaria la comprensión que las explicaciones, más la indagación y la pregunta que las respuestas. La indagación, el tanteo, la exploración, la interrogación, la búsqueda, son los emblemas de la perplejidad del hombre postmoderno, empujado a rastrear en lo real el sentido perdido de las cosas. (Oleza, 1996)

Hoy apenas tendría que añadir a estas palabras mías de 1996 otra cosa que la exigencia de la indagación ha continuado más allá de los límites de la posmodernidad, y sigue siendo una estrategia constitutiva del nuevo siglo, de la era de la comunicación.

Sea cual fuere el modelo, las novelas de la memoria de la guerra civil de la generación de la Transición van apareciendo simultáneamente con las de la promoción nacida después de 1955, a lo largo de los años 90: *La casa del padre* (1994) o *Maquis* (1996) por un lado, *Malena es un nombre de tango* (1994) o *La lengua de las mariposas* (1997), por el otro. Y continúan en la primera década del nuevo siglo, donde la multiplicación de novelas de la memoria será patente, y ahora se acompasa al impacto de las exhumaciones de las fosas, las batallas de Garzón en las causas contra Pinochet o contra los crímenes del franquismo, o el debate intelectual y político en torno a la memoria. Es el momento de *La sima*, de *Fantasma de invierno*, de *Los girasoles ciegos* o de *La voz dormida*, en la Generación de la Transición, y de *Soldados de Salamina*, *Enterrar a los muertos*, *Mala gente que camina*, *La noche de los tiempos* o *El corazón helado*, en la promoción siguiente.

Y esa aparición tardía, unos veinte años después de las primeras novelas de la generación, a mitad de los 60, que retrasa el compromiso con la memoria a la llegada a la madurez de sus escritores, puede intentar comprenderse por diversas razones. La primera es la disolución de la conexión viva entre los escritores y la experiencia traumática, después de cuarenta y cinco años (1940-1985) de dictadura y de silencio represivo: el reencuentro con esa experiencia ha de ser, sobre todo, el fruto de una indagación. No se suele dar, en los escritores, una autoidentificación como hijos de las víctimas, o de los supervivientes, y como autores son mucho más el fruto de una herencia literaria que de una herencia traumática: son raros los casos de escritores que confiesan haber crecido envueltos en las narrativas de sus mayores, dominados por sus recuerdos de acontecimientos traumáticos. Posiblemente la sombra alargada y opresora de la

dictadura lo impidió. Por eso no es de extrañar que el esquema narrativo dominante sea el de la indagación, más afiliativo que filiativo, siguiendo la distinción de Marianne Hirsch. La patética relación que asocia el relato al trauma, y a sus víctimas, se disipó pues en la narrativa española de esta generación, y es apenas rastreable en novelas como *Maquis*, *Los girasoles ciegos*, o *Fantasma de invierno*, y hubo de ser reconstruida desde el esfuerzo del conocimiento, del debate intelectual y de la exigencia ética de dar voz a las voces silenciadas, y de reparar simbólicamente a las víctimas.

Por otra parte, en lo que Manheim llamó el contexto generacional, decisivo para la identidad de una generación, hay que descontar una parte de la generación que en otras circunstancias habría sido fundamental, la de los hijos de los exiliados.

Son muy pocos los escritores nacidos entre los 40 y el '55 en el exilio, que se incorporaron a la práctica literaria española. Ello resta a la generación una parte no solo muy importante de su potencial, sino también la parte que más sensible podría haber sido a una relación de posmemoria, a una conexión viva con el trauma.

Y en ese contexto generacional habrá que sumar el peso de la censura, con su constante mutilación de la libertad de expresión, que coartó las posibilidades de tratamiento de un conflicto como el de la guerra civil, incluso tras la Ley de prensa de Fraga, aprobada en 1966, que cambió las reglas de la censura pero no la suprimió, y no solo en las publicaciones, sino también en la calle. Recuérdese la triunfal consigna de Fraga, por entonces ministro de gobernación: “¡La calle es mía!”.

Como habrá que sumar también el elevado grado de complicidad de la población española con la dictadura, en la que el franquismo inyectó altas dosis de conformidad, cuando no de adhesión, al Régimen, lo que redujo a círculos minoritarios la población lectora que trataba de saltar por encima de esa censura y de esa conformidad hacia horizontes más libres.

Pero habrá que reconocer, además, que los narradores de la Transición tuvieron, literariamente, otras prioridades en el momento crucial de la experiencia generacional.

Y es que, como generación, se formó más en la época del segundo franquismo que en la de la posguerra, en un ambiente en el que la llegada masiva del turismo, la inversión de capital extranjero y las remesas de moneda de los trabajadores emigrados a Europa, constituyeron tres motores básicos del desarrollo económico de los años 60, y tres vías de salida de la España autoclausurada de los 40-50 hacia la cosmopolita de los 60. En los sectores intelectuales, la recuperación de las universidades de la terrible amputación de

sus científicos más valiosos provocada por la guerra y la posguerra, el recambio generacional en el profesorado, la frecuencia de los intercambios con universidades europeas y americanas, la cercanía de centros de cultura internacional cosmopolita como París, Roma, o Londres, o las oportunidades de trabajo que brindaban las universidades norteamericanas, permitieron a esta generación una formación tan rica, abierta y cosmopolita como la que vivió los años de la República, en un clima intelectual de apertura, de innovación, y de creciente bienestar económico. Las élites culturales de esta generación ya habían hecho la Transición a finales de los años 60, como escribió Ramón Buckley en *La doble transición* (1996), habían superado el franquismo sin socavar sus fundamentos, se habían formado en la literatura del modernismo internacional, con sus figuras centrales en Baudelaire, Proust, Eliot, Kafka, Joyce, Mallarmé, Roland Barthes, Faulkner, Borges o Mann, bastante olvidadas las de Unamuno, Azorín, Baroja, u Ortega. De los españoles se salvaban Valle Inclán, entre los prosistas, y Cernuda entre los poetas. Incluso poetas tan grandes como Machado, Lorca o Miguel Hernández, que tenían sus adeptos, fueron mirados con desdén, contaminados por la sarna carpetovetónica, casposa, del realismo español (en la descalificación de Juan Benet) y de la España de Franco. Para la Generación de la Transición, en su conjunto, y sobre todo en su primera promoción, España era un país atrasado, aburridamente ocupado por camisas azules, sotanas, tricorpios, corridas de toros y procesiones de semana santa, donde era obligatorio hacer un servicio militar en condiciones africanas, y donde mandaba un dictadorzuelo panzudo, de voz afeminada y bigotito fascista, una España con una historia de pena, que no había cesado de degradarse en los tres últimos siglos, y en la que la política interior carecía de interés estético o moral. Nada grande quedaba por dirimir aquí. Lo grande, para los más comprometidos políticamente, se jugaba fuera, en Vietnam, en Cuba, en el París del mayo del '68, en Praga, en Berkeley, en los movimientos contraculturales norteamericanos o en el Chile de Allende.

Pero hacia finales de los 60 los más comprometidos políticamente comienzan a incorporarse a la lucha sindical, a las movilizaciones de protesta en las universidades, a formarse como cuadros en los partidos políticos clandestinos, sobre todo en el Partido Comunista, *el Partido*, que ya ha hecho su crítica del estalinismo, de la invasión de Praga, y que en su IX Congreso, el primero dentro de la legalidad, renuncia al leninismo y, próximo a los planteamientos innovadores del Partido Comunista italiano, de Berlinguer, se proclama eurocomunista. La salida de las catacumbas del PCE, con sus cuadros y

militantes, entre los que había una gran cantidad de figuras públicas, artistas, sindicalistas e intelectuales, sobre todo, así como la aparición en el escenario político de las diferentes formaciones legales de los socialistas, cambiaron la percepción que se tenía del país. De repente se había vuelto interesante. Podía pasar algo verdaderamente histórico. Al sobrevenir la muerte del dictador, no sin que se dictaran las últimas sentencias de muerte, este sector de la élite cultural se sintió impulsado a arrimar el hombro en la salida de la dictadura y en la construcción de una democracia europeísta y moderna. Pero las fuerzas que fue capaz de movilizar la izquierda, partidaria de una ruptura democrática con la dictadura, no tuvieron ni la posición política, ni el apoyo popular, ni la fuerza fáctica, para imponer esa ruptura. Tanto más cuanto su estrategia se vio incesantemente sacudida por las desestabilizaciones de la derecha fascista y del terrorismo vasco, y amenazada por el rumor de sables en los cuarteles. La tesis de la Reforma del Régimen franquista, propiciada desde el propio franquismo, apoyada por la Monarquía y por una parte del ejército, y respaldada por la mayoría de la población civil, se impuso a la tesis de la Ruptura. No podrá olvidarse nunca que Franco murió rodeado de obispos, damas y parientes de la camarilla, diputados a cortes, generales y jefes del Movimiento Nacional, como siempre había vivido, y que el desfile de condolencias ante su féretro, durante días, convocó a más gente que las reservas de champán de todo el país.

Y ese sector de la generación -no el otro, que siguió habitando su intemporal República universal de las Letras-, un sector embarcado desde los últimos 60, y sobre todo durante los 70, en la transformación del país, buscó sus prioridades en la representación literaria del presente vivido (la ya lejana posguerra, el segundo franquismo, o la actual transición), un presente acuciante, que reclamaba para sí toda la atención del novelista y toda su capacidad de compromiso ético o político, más que en la reivindicación de la memoria histórica, al menos durante los años que van desde el '68 al '85. La memoria histórica podía esperar a que se acuñara como concepto, a que la comenzaran a discutir los historiadores, a que produjera sus efectos prácticos con las primeras exhumaciones y los primeros grandes documentales, a que se fuera disolviendo, con el tiempo, el pacto de reconciliación nacional. Fue así que una buena parte de la mejor literatura de la generación de la Transición son los grandes frescos sobre la vida contemporánea de Vázquez Montalbán (en sus novelas de Carvalho, pero también en novelas como *Los alegres muchachos de Atzavara*, *Galíndez* o la *Autobiografía del General Franco*), de Luis Mateo Díez (*Las horas completas*, *El expediente del*

naúfrago...), de Juan José Millás (*Letra muerta, El desorden de tu nombre...*), de Luis Landero (*Los juegos de la edad tardía, Hoy, Júpiter...*), de Bernardo Atxaga (*El hombre solo, Esos cielos*), o de Almudena Grandes (*Las edades de Lulú, Los aires difíciles*), las novelas paródicas de Eduardo Mendoza sobre el presente (*El laberinto de las aceitunas, El misterio de la cripta embrujada*), o de Rosa Montero (*La hija del caníbal*), además de otras novelas concebidas desde perspectivas distintas pero con un universo actual o de pasado inmediato, como las novelas de Manuel Longares (*Romanticismo*), o de Adelaida García Morales (*El silencio de las sirenas*).

Pero si hubiera que elegir la obra de un único escritor como representativa de un compromiso ético que le lleva, más que a la memoria histórica, al análisis del pasado inmediato, de la Posguerra a la Transición, que se extiende hacia la actualidad de una democracia examinada con lucidez y sin complacencias, una realidad rica en traiciones, deserciones, corrupciones, desigualdades, injusticias, y testimonios críticos, inconformes, a menudo desolados, esa obra tendría que ser la del recientemente fallecido Rafael Chirbes (1949-2015), la que transita desde *Mimoun* (1988), y pasa por *La buena letra* (1992), *Los disparos del cazador* (1994), *La larga marcha* (1996), *La caída de Madrid* (2000), *Los viejos amigos* (2003), para llegar a *Crematorio* (2007), o *En la orilla* (2013). No me cabe duda de que se trata del gran mural narrativo de la experiencia histórica de la Generación de la Transición, una generación en la que mi propia biografía cobró una parte decisiva de su sentido.

Muchas gracias.